



*Javier Bueno Aribayos*

**Todo empezó  
en un rincón  
abrigado**



## UNO

*Un banco en un rincón abrigado. —Instalación del mendigo. —El guardia municipal. —Vida anterior del indigente. —Orencio, camarero del bar Toscano. —Un canónigo en el palacio de don Daniel. —Charla de dos amigos. —El sacramentale sigillum.*

TODO EMPEZÓ EN UN RINCÓN ABRIGADO, sin viento, orientado al Sur y amparado por un par de espesos castaños de Indias gemelos que, en verano, lo libraban de los inmisericordes rayos de sol del mediodía. Un cómodo banco de hierro y madera disfrutaba de la sombra de los árboles. En su respaldo estaba atornillada una lujosa placa de bronce con la leyenda: *Graciosa donación del Excmo. Sr. D. Francisco Ruiz de la Puente*. El banco estaba resguardado en su parte posterior por una alta tapia coronada por un erizamiento de agudos cristales. Este muro rodeaba un amplio terreno ajardinado, sembrado de árboles —frutales y de sombra— y arbustos decorativos. En medio de este frondoso jardín florecía una grandiosa y nobilísima casa construida en su mayor parte con elegantes y aristocráticos bloques de granito engalanados por algunas manchas de verdín en los intersticios. Con propiedad se podía llamar palacio ya que en la fachada principal, a los lados de la puerta, lucían dos artísticos bajorrelieves en forma de escudos, aplicados a la pared, con la pretensión de ser las armas de la familia, si bien nadie se había molestado nunca en comprobar su significado ni al linaje al que pudieran corresponder. En uno de ellos figuraba un águila con

las alas extendidas bajo una corona; en el otro se podía contemplar una especie de cumbre de una montaña debajo de tres estrellas de ocho puntas.

—Bien, ya estamos aquí. Vamos a empezar. Este puede ser un buen sitio. Es espacioso, con vistas a las puertas de la casa, concurrido sin llegar a la aglomeración, cómodo, sombreado en verano, cálido en invierno, protegido por el señorial palacio, cerca del mercado, de la panadería, del bar, de la lechería... Sí, me parece que es el lugar perfecto. Lo único malo es que en otoño empiecen a caer castañas de los árboles y se llene este rincón de cáscaras, pinchos y frutos llenos de esculina y no quiera acercarse la gente. Además me pueden dar en la cabeza y desde esa altura... No me van a descalabrar, pero será molesto. En fin... ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

El hombre descolgó la mochila de los hombros y la apoyó en los pulidos listones de madera que componían el asiento y el respaldo del banco. De la misma forma en que Cristóbal Colón se arrodilló y clavó la enseña de los Reyes Católicos —o de Castilla y Aragón, que en eso los historiadores no se ponen de acuerdo— en la isla de Guanahaní para tomar posesión de aquellas tierras ignotas, así aquel individuo se adjudicó el escaño para toda la eternidad y, si eso hubiera sido posible, para mucho más tiempo todavía. Colón se apoderó de aquellos territorios en nombre de las Españas y ¡por supuesto! de la Católica, Apostólica y Romana Iglesia. Para eso contaba con el categórico mandato del Inquisidor General Fray Diego de Deza y con la compañía de muchos clérigos encargados de la evangelización de aquellos pueblos bárbaros, sumergidos en las

tinieblas de las falsas creencias, ayunos de la Verdadera Luz, no tocados todavía por la excelsa mano de la civilización. Por el contrario, el mendicante se instaló bajo los castaños en su propio nombre, sin necesidad de Reales Órdenes ni de mandatos de Roma.

Del fondo de la mochila el hombre extrajo un artilugio compuesto por diversas varillas de metal oxidado que, una vez armadas y extendidas, se transformaron en un atril similar en forma y altura a los de los músicos de una orquesta sinfónica. En su parte delantera colgó una bolsa de rígida lona, de boca ancha, orientada hacia los espectadores. Rebuscó de nuevo en un bolsillo lateral del morral y apareció una cartulina que, convenientemente desdoblada y alisada, colocó en el atril. El rótulo era escueto: "Les pido, por favor, una ayuda para ir subsistiendo". No tenía faltas de ortografía, la caligrafía era muy hermosa, el indigente no se apoyaba en que estaba en paro, no intentaba despertar compasión con el recuerdo de una familia numerosa a la que tuviera que alimentar, no refería ninguna enfermedad, consuntiva o no, no invocaba a la divinidad, simplemente pedía limosna. No para salvar un bache, no para recuperarse de una mala situación, sino para "ir tirando", para "ir subsistiendo". No llegó a los humorísticos extremos de aquel otro mendigo que tenía delante de sí varios platillos para depositar los donativos, cada uno con su letrero específico: "Para comer", "Para vino", "Para drogas" o "Para tabaco". El hombre colocó cartulina, bolsa y atril delante del banco a una altura conveniente con el fin de que el viandante no tuviera que hacer esfuerzos ni para leer lo escrito ni para depositar la limosna en la talega. Se apartó un par de

metros para observar si era correcta la disposición, movió la cabeza afirmativamente, la aprobó y volvió al banco a sentarse. Se acomodó, miró a derecha e izquierda, al cielo y al suelo, agradeció expresivamente la primera moneda de peseta que cayó en las profundidades de la bolsa —Muchísimas gracias, señora— y se arrellanó en la suave madera del sitial. De nuevo hurgó en las profundidades de la mochila, de donde extrajo un grueso libro, *La saga/fuga de J. B.*, de Gonzalo Torrente Ballester, un poco ajado en los bordes y en las esquinas y se sumergió en su lectura. Era la mejor forma que había encontrado de comenzar el trabajo diario en este nuevo despacho al que había tenido que trasladarse para cumplir las misiones que debía ejecutar. La primera, muy bien pagada, le había sido encomendada con gran interés y con gran urgencia hacía tiempo. Ya le había costado varias semanas de estudio y la revisión de algunas docenas de viejos documentos descabalados, muchos incompletos y otros casi ilegibles, distribuidos al azar en los polvorientos archivos de la Audiencia, mezclados con otros pertenecientes a otros expedientes, a otros procedimientos y trámites. La segunda tarea se la había impuesto a sí mismo a medida que iba llevando a cabo la primera y fue una consecuencia de ella, una curiosidad morbosa, una labor de investigación, casi de voyeur, un deseo de probarse a sí mismo como detective y un capricho de adaptarse a una vida distinta.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—Pues ya lo ve, señor guardia, estoy leyendo.

—¿Y ese letrado?

—¿Qué tiene de malo el letrado?

*Todo empezó en un rincón abrigado*

—El letrero en sí, nada. Pero significa que está usted pidiendo y sabe perfectamente que está prohibida la mendicidad.

—Pues sí... Realmente tiene usted razón. No obstante, yo no hago mal a nadie, no robo ni exijo dinero con malas palabras, ni insulto a nadie, ni le quito el sitio a ninguna persona que quiera sentarse en este banco. No ensucio la acera, ni las paredes, ni el asiento. Tampoco doy la lata con un acordeón o con una guitarra mal tocados, ni canto, ni grito, soy una persona muy tranquila... ¿Por qué no puedo quedarme aquí apaciblemente?

—A ver, documentación.

El mendigo extrajo despaciosamente un billetero de las profundidades de un bolsillo y mostró el Documento Nacional de Identidad.

—Mmm... Crescencio Álvarez Martín. Nacido en 1920, o sea...

—Cincuenta y nueve años, sí.

—Cincuenta y nueve años. Abogado... ¿Abogado?

—Pues sí, soy abogado. Actualmente sin ejercicio.

—Y, si esto es así ¿qué pinta en esta esquina? ¿No estaría mejor en su bufete? ¿O es que le han echado del Colegio de Abogados?

—No, señor, no me han echado, he sido yo quien ha tomado la decisión, la sabia decisión de dejar ese mundo tan desagradable, tan lleno de hipocresías, de maldades, de zancadillas...

—No puede ser peor que estar pidiendo limosna.

—Sí, lo es. Imagínese usted que un día se da cuenta de que su profesión, la suya sí, la de Guardia Municipal, no le llena, se aburre, no encuentra compañeros agradables, le disgusta el uniforme, le caen mal sus je-

fes y sus subordinados, sufre pequeñas o grandes injusticias... Y, si no tiene familia, mujer, hijos, padres o hermanos ¿qué le ofrece la existencia? ¿No le parece que es mejor estar en la calle viendo desarrollarse la vida alrededor? ¿Qué necesidades tengo? Comer un poco de vez en cuando, leer, charlar con la gente, asearme, dormir... Aparte de que podré contar con la ayuda de Cáritas, de la Cruz Roja y de los comedores sociales, las limosnas me darán para comer, para ir tirando, conservo todavía una pequeña habitación propia no lejos de aquí con una cama y un lavabo, la gente me podrá prestar o regalar libros que yo —después de leerlos— depositaré luego en otro banco para que otros como yo puedan aprovecharse de ellos... De vez en cuando algún viandante detendrá sus pasos para hablar un rato conmigo de todo lo divino y lo humano... y así se deslizarán suavemente mis días, en paz conmigo y con el mundo.

Ante esta perorata y ante el señorial aspecto del indigente el guardia municipal quedó pensativo, se rascó la cabeza por debajo de la gorra, se atusó el bigote y concluyó.

—Bueno, bueno, está bien, puede quedarse. Pero ¡por Dios! no me arme líos si no quiere que lo lleve al cuartelillo.

—Muchas gracias, señor guardia. No se preocupe, que no le voy a causar problemas de ningún tipo.

Crescencio Álvarez Martín no tenía aspecto de mendigo. Lucía una rizada y espesa melena entrecana que le cubría completamente las orejas. Estaba acompañada por los bucles de una barba apostólica que le daban un aire de filósofo o escritor antiguo como Séneca



## *Todo empezó en un rincón abrigado*

ca, Homero o Sófocles, si bien también podría recordar la gloriosa testa del Moisés de Miguel Ángel, aunque, eso sí, desprovisto de los cuernos de gloria. Los ojos ciegos, muertos, marmóreos, de las esculturas clásicas contrastaban con los del indigente. Éste los tenía garzos, brillantes, llenos de inteligencia con un asomo de ironía. La nariz era poderosa, ligeramente ganchuda, con caballete muy pronunciado. Los labios eran finos, bien delineados y cuando se cerraban revelaban una rigurosa obstinación. La boca, en definitiva, era firme, no sensual, lo mismo que el mentón que —aunque no se podía apreciar completamente a causa de estar cubierto por la barba— no llegaba a verse dulcificado por ese delicado hoyuelo, presente en muchas de las facciones de los más duros y cautivadores galanes del cine.

Las ropas que vestía indicaban pobreza y esmero. Zapatos negros gastados pero limpios, pantalón gris de franela con cinturón de piel negra y una camiseta también gris, con la leyenda "*Terror romanorum*" grabada en el pecho debajo de la silueta de un carnero, de un poderoso *aries*. Se abrigaba con una sudadera color burdeos de cremallera enteriza y capucha, que le permitía adaptarse a los cambios de temperatura no demasiado importantes en esa ciudad mediterránea de dulce clima constante. La indumentaria estaba impoluta. El hombre seguía las sabias recomendaciones que su abuelo había grabado en su alma: *Es peor una mancha que un roto, vete siempre limpio, no dejes pasar ni un instante con un lamparón en la ropa*. En lo único en lo que no le había hecho caso era en el asunto del afeitado. El abuelo, septuagenario, le había recomendado: *A esta edad que tengo lo que se necesita es estar limpio y ¿qué mejor limpieza*

*Javier Bueno Aribayos*

*que un buen rasurado? Pero él se obstinaba en lucir su profética barba y no había razones que le hicieran cambiar de idea.*

*¡Veciños, veciños, roubaron o Corpo Santo!  
En la mañana de niebla, casi al alba, las voces  
estremecen el aire como trompetas.*

Crescencio empezó a leer con mucha parsimonia las primeras frases de *La saga/fuga de J. B.* en una edición de la colección *Áncora y Delfín*, de Ediciones Destino, y esa lectura fue lo que marcó el comienzo de su jornada de trabajo. Su quehacer diario —pensaba— tampoco sería, a primera vista, demasiado gravoso. Consistiría en leer, agradecer las limosnas, observar a la gente que pasaba y dar conversación a otros desocupados como él, jubilados aburridos con la bolsa del pan en una mano y el periódico en la otra, amas de casa en chancletas que hubieran bajado a buscar una lechuga o un bote de pimientos morrones, niñeras que arrastrasen cochecitos de niños y tolerantes guardias municipales que cerraran los ojos ante la flagrante ocupación del espacio público. Bien es cierto que, además, tenía otra importante ocupación secreta, que era observar, comprobar y anotar todas las entradas y salidas de la casa nobiliaria.

—Pero, a ver, perdone que insista, dígame usted, ¿cómo es que siendo abogado se aviene usted a llevar esta vida tan arrastrada?

—Ya se lo he explicado, señor guardia. Simplemente estaba harto de aquella existencia. Soy más feliz ahora.

—Y no tiene familia ¿verdad?

*Todo empezó en un rincón abrigado*

—No, ni padre, ni madre, ni perrito que me ladre. Ya se lo he comentado antes.

—Pues, la verdad, no le entiendo. Si yo hubiera podido ser abogado...

—Mire, si usted fuera abogado, en este momento no estaría aquí charlando amigablemente conmigo, sino que probablemente estaría en una sala o un pasillo de un juzgado, exprimiéndose la mollera para intentar defender a un chorizo que no se lo merece, a expensas de lo que le mande el presidente del tribunal, soportando los ataques del fiscal y mirando el reloj disimuladamente para ver cuándo llegará la hora de irse para tomar tranquilamente un café... o un whisky. Y seguramente cuando usted estuviera relajado, plácidamente sentado en un sillón del bar, llegaría alguno de sus colegas, con seguridad el más pelma de todos, el más baboso, el más insoportable, le daría unas insufribles palmadas en la espalda, se sentaría con usted sin pedirle permiso, tomaría una copa de coñac que, al final, acabaría pagando usted y encima le endilgaría algún marrón.

—¡Bueeeeno! No será todo tan negro como lo pinta usted...

—¿Que no? Pues pregunte, indague, investigue... Y, ya que estamos puestos... ¿Qué ha hecho usted hoy desde que se ha levantado?

—Pues... nada de particular.

—A ver, a ver ¿qué es ese "nada de particular"? ¿Está usted casado?

—Sí, ya hace muchos años.

—¿Se arrepiente usted de ello?

—¡Hombre...!

—O sea, no se arrepiente. Seguro que tiene una mujer que le quiere y a la que quiere usted. Con sus más y sus menos, como todo el mundo. ¿Hijos?

—Dos, ya mayores, independientes, no viven en casa.

—Así que se levantó, se tomó un buen desayuno, un tazón de café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada.

—No, unas magdalenas. Las hace mi mujer y le quedan de maravilla.

—Luego se acercó por la Comisaría a recibir las órdenes del día del sargento o del Inspector Jefe o de quien sea ¿no? que supongo que son bien fáciles de cumplir porque usted, a su edad, ya no está en una unidad de intervención inmediata. Después se ha paseado por la ciudad haciendo cumplir las ordenanzas municipales, me imagino que amablemente, sin mucho rigor. Más tarde, a la hora de comer, se va a ir tranquilamente a su casa a tomar un buen platito que le ha preparado su señora, un arroz, unas lentejas o una buena merluza. ¿Sabe qué hacía yo a la hora de comer cuando estaba en activo?

—Pues eso, ir a comer.

—No, señor, me zampaba a toda prisa un bocadillo en el bar de la Audiencia. Y eso cuando iban bien las cosas, porque lo normal era tomar a toda velocidad una caña con unos cacahuets en compañía de otros matados como yo que estaban deseando enterarse de lo que llevaba entre manos para intentar apropiárselo. ¿Le parece vida eso?

—¡Hombre, visto así...!

*Todo empezó en un rincón abrigado*

—Así es como lo veo yo y así es como hay que verlo. Sigo: su ratito de siesta no se lo quita nadie ¿a que no?

—Apenas diez minutos.

—Diez minutos que le sirven de relajo, para continuar su tranquila labor por la tarde, hasta que llega la hora de pasar las novedades a su jefe o a algún compañero. ¿Sabe a quién le pasaba yo las novedades?

—No sé... ¿a algún colega?

—A nadie. No tenía compañeros, no tenía relevo, no tenía horario, no tenía descanso. No podía ir al cine, ni al teatro, ni al fútbol, no podía ni ver la tele... todo el día estaba en tensión.

—¿No ha estado casado?

—¡Ni eso, siquiera! Supongo que no ha habido mujer que pudiera soportarme. Desde luego no las compañeras del despacho, unas casadas y otras que estaban tan obsesionadas como yo con el trabajo. O sea, que por la noche, cuando llegaba a casa, me esperaba la más absoluta soledad, encendía la tele para sentirme acompañado, abría una lata de fabada y la tomaba con una cerveza encima de la mesa del comedor, mientras revisaba el último expediente, la última sentencia, que a veces manchaba con la grasa de las alubias. Y, por último, para mayor vergüenza y desencanto, me acostaba en calzoncillos, en una cama sin hacer, con las sábanas sucias y arrugadas, las mantas en el suelo y, evidentemente, solo. Y así un día tras otro. ¿Qué le parece?

—¡No sería tan malo como me lo está pintando!

—Sí lo era. Por eso tomé esta determinación. Ahora soy feliz.

—Me alegro por usted. En fin, aquí le dejo. Voy a seguir con mi ronda.

—Vuelva usted cuando quiera a charlar un rato.

—Ya veremos.— Y, meneando la cabeza con resignación, el policía municipal se alejó lentamente mientras iba rumiando la jugosa conversación.

EL MENDIGO CONTINUÓ ENTONCES con su trabajo, leyendo, saludando, dando las gracias, sonriendo a una niñera, devolviendo la pelota a un niño... A la hora de comer, sin desmontar la parada, se acercó al bar Toscano, se sentó en una mesa y pidió el plato del día, patatas con carne. Orencio, el camarero, lo contempló con desconfianza pero la mirada de Crescencio era tan dulce y el aspecto tan limpio y bondadoso que la primera mala impresión se desvaneció enseguida y rápidamente se aprestó a servirle. En el momento de pagar, el indigente creyó necesario hacer una advertencia.

—Si no tiene inconveniente vendré a comer aquí todos los días, pagando, claro está. Las patatas estaban excelentes.

—Muchas gracias. Pero los lunes cerramos por descanso, así que tendrá que buscarse otro sitio esos días.

—Está bien, así lo haré. ¡Ah! otra cosa, si no le importa, entraré de vez en cuando a hacer una visita al lavabo. Ya sabe, la próstata...

—Sí, hombre, sí. Lo que quiera.

—Y, una última cosa, es posible que algún día me tenga que marchar precipitadamente. En ese caso le agradecería que me dejara guardar aquí en el bar toda mi impedimenta o, al menos, que le echara un ojo para evitar que desaparezca.

—No sé yo si eso... En fin, si no es una cosa muy frecuente...

*Todo empezó en un rincón abrigado*

—No, señor, ocurrirá muy pocas veces. Muchas gracias. Ahora ya me vuelvo a mi duro trabajo.

—¿A qué trabajo, a pedir?

—Pues sí, es un trabajo como cualquier otro.

—¡No me joda, hombre! Eso no es un trabajo. A usted le dan limosna, le dan dinero, pero usted ¿qué da a cambio?

—Doy alegría, doy sensación de paz, hago que la gente se sienta satisfecha por hacer una buena obra cuando me dan una limosna. ¿No le parece suficiente?

—Bueno, usted sabrá. ¡Adiós, don Mateo, buenas tardes!

EL CAMARERO SALUDÓ A UN CANÓNIGO que pasaba por delante de la puerta del bar. Era un cura posconciliar, sin otras señales que delatasen su profesión que un crucifijo plateado prendido en la solapa izquierda de la chaqueta gris que vestía. Contestó a la cortesía de Orencio con un gesto amistoso y apretó el timbre de la casa linajuda. La cancela se abrió enseguida y él entró con seguridad, pisando firme, atravesó el jardín, cruzó la puerta de la casa, se dirigió a un saloncito por caminos conocidos y se sentó en un sillón orejero.

—Hola, Daniel, buenas tardes.

—Hola, Mateo, vienes hoy un poco antes ¿no? ¿Quieres que le diga a Vicenta que te sirva ya el café?

—Pues sí, si no es molestia... Vengo cansado, aburrido, harto y enfadado. En definitiva, que han conseguido ponerme nervioso.

—¿Y eso?

—Ya ves, los líos que está ocasionando el nuevo Papa, Juan Pablo II. Aunque aquí nos llega poco ruido, no

deja de haber algo de resaca. La Conferencia Episcopal está que arde. Muchos obispos están en contra del Presidente, el Cardenal Vicente Enrique y Tarancón. No hay muchos que lo apoyen, pero es cardenal, es elector en el cónclave e incluso podría llegar a ser Papa, aunque es casi imposible hoy por hoy para un español. Es suficiente esa lejana posibilidad para que nadie se enfrente abiertamente a él. No obstante hay maniobras subterráneas...

—Y, sobre todo, con lo que se ha comentado...

—¿Qué se ha comentado?

—No te hagas de nuevas, que ya lo hemos hablado y está en boca de todo el mundo: que al anterior Papa, a Juan Pablo I, lo han asesinado. Treinta y tres días de pontificado... no es mucho. Y parecía que tenía buena salud ¿no?

—Sí, ese es el mayor de los problemas con los que la Iglesia tiene que encararse ahora, tenemos que encarnarnos, quiero decir. Pero no es el único.

—Dicen que fue la mafia de Nueva York, Lucky Luciano, el cardenal Marcinkus, que dirigía el Banco Vaticano..., en fin, gente que tenía miedo de que Juan Pablo I destapara todas las corruptelas de la curia pontificia.

—En privado te diré que muchos de nosotros, muchos religiosos, estamos convencidos de que hay una corrupción generalizada en la Santa Sede y que sería bueno que se levantaran las alfombras y se limpiara el polvo de debajo.

—Lo que pasa es que ¡ya ves! alguien parece que quiere hacer limpieza, se pone a ello y... acaba así. Dicen que le dieron una dosis tremenda de Valium que lo



dejó totalmente dormido y luego lo remataron haciéndole tragar a la fuerza una o varias cápsulas de cianuro.

—Nadie sabe, ni nadie puede saber qué es lo que ha ocurrido realmente. Posiblemente los médicos que le atendieron... tal vez el Camarlengo o el Secretario de Estado... o, incluso una de las monjas que cuidaban al Padre Santo. Pero nadie ha hablado ni va a hablar por temor a las consecuencias. Incluso ya ha habido importantes cargos curiales que han invocado el sigilo sacramental.

—¡No me digas que las altas jerarquías de la Iglesia todavía seguís dando importancia al secreto de confesión!

—¡Claro que sí! Y es uno de los más firmes puntales del sacerdocio.

—Yo creía que eso era cuestión del pasado, de cuando éramos niños.

—Pues no, sigue activo. En los documentos oficiales también lo llamamos secreto de arcano.

—Bueno, veo que has venido un poco agitado. ¿Qué te parecería una copa de un magnífico coñac que me han regalado?

—No te digo que no. ¿Qué coñac es?

—Es de la casa Remy Martin, pero no de los que se venden en los supermercados. Dicen que es uno de los mejores del mundo. Me ha llegado como soborno de una operación que estoy a punto de emprender. ¡Espero que no hables con nadie de todo esto! Me fío de ti, de que no vas a revelar este secreto de confesión... o secreto de arcano, como decís los expertos, ja, ja, ja... De todas formas el soborno no le va a servir de nada a quien lo ha intentado porque yo no admito sobornos de

ningún tipo y, además, la operación va a seguir por otros caminos.

—Excelente el coñac. ¿Dices que es un Remy Martin? Realmente me está viniendo muy bien, me voy relajando.

—Me alegro, hombre, porque venías muy tenso. ¿Seguro que solo era por los problemas del Obispado? ¿No habrás tenido algún mal encuentro?

—No, no, solo los líos de la curia pontificia. Ningún mal encuentro. Por cierto ¿sabes que delante de tu casa, en el banco de los castaños de Indias, se ha instalado un mendigo?

—Ni idea. ¿Cuándo?

—No lo sé. Supongo que hoy mismo. Al venir a tu casa he podido observar la parafernalia que tiene montada para pedir limosna mientras él estaba comiendo en el bar Toscano. ¡Bueno, me imagino que era él! No he podido fijarme bien porque venía desalado, solo al pasar por delante, al saludar a Orencio el camarero, le he echado un vistazo. No tiene mal aspecto, muy decente, casi elegante. Yo diría que incluso tiene una cabeza escultórica o numismática, digna de un museo, si me permites la licencia.

—Pues, la verdad, no me hace mucha gracia que se establezca aquí.

—Dale tiempo, hombre, dale tiempo. A lo mejor la situación no resulta tan mala como crees ahora.

—Siempre que no atraiga a más indigentes y se sumen borrachos, drogadictos, malhechores y gente así y no se convierta esto en un patio de Monipodio... Te recuerdo que tengo una mujer y un hijo de siete años y

*Todo empezó en un rincón abrigado*

no me gustaría que se vieran envueltos en ningún problema.